



DURANGO EN 1914

LA GUERRA, EL TRABAJO Y EL OCIO

Ma. Guadalupe Rodríguez López

¡Ya mataron a Natera! Se confirma la muerte del feroz cabecilla Pánfilo Natera. Con esta falsa noticia se desayunaban los duranguños el 2 de enero de 1914. Como pan de todos los días, la prensa revolucionaria debía publicar desmentidos de noticias sobre la muerte de sus caudillos, difundidas en periódicos de otros estados y de otras filiaciones que, así como a Natera, mataron dos o más veces a Zapata. Lo único absolutamente cierto era que el país estaba en guerra y que las necesidades de la revolución se imponían sobre todas las demás. La guerra mandaba. Diariamente, las primeras planas de la prensa confirmaban que el movimiento revolucionario era la prioridad. Glorias y mermas de la guerra eran el punto de interés general.

Pero más allá de la revuelta, aunque, paradójicamente, en el centro de ella, estaba la gente ordinaria y su vida cotidiana. Una vida que corría con grandes o ligeras diferencias de acuerdo con los momentos y regiones que iba marcando el propio avance revolucionario. Durango en 1914, con sus particularidades, puede reflejar la forma en que los pobladores de las plazas que habían caído en poder de los constitucionalistas vivían la guerra.

El conflicto armado, el trabajo y la diversión eran tres madejas con las que se tejían los días y las horas. Tres elementos con intensidad y ritmos propios que guiaban el diario trajín de los duranguños y que son el objeto de este escrito. Una breve panorámica de Durango en 1914, basada en el periódico *El Demócrata*. Bajo la dirección del educador, que luego devendría historiador, Arnulfo Ochoa Reyna, y con la regular publicación de los incendiarios editoriales de Antonio Gaxiola, *El Demócrata* actuaba como una afilada arma de guerra a favor de la revolución. Los diferentes formatos, papeles y colores en que apareció el periódico referido en 1914 reflejan las dificultades que la prensa tenía para allegarse papel de impresión. Ora en papel de imprenta, ora en papel de china, un día rosa, otro naranja, uno más rojo sangre o café claro, son variantes que nos hablan de que el periódico se imprimía con lo que se podía. Pero en formatos grandes o pequeños, las noticias obligadas y de primera plana tenían que ver con la guerra. Los avances de tropas, las heroicas tomas de plazas, Calixto Con-

terras, Pánfilo Natera y, por supuesto, Francisco Villa, eran noticia obligada y de primera plana. Incontables veces, y en abono a lo que llegaría a ser su leyenda épica, Villa y la División del Norte fueron noticia de primera plana. Villa ya era Villa, y sus movimientos armados, como sus ideas, eran siempre noticia.

Cinco fueron los periódicos que informaron a los duranguenses en 1914: dos de ellos, *El Demócrata* y *La Voz de la Revolución*, dirigidos por Arnulfo Ochoa, y otros dos, *Patria Libre* y *Restauración*, por Pablo A. Serrano. Antonio Gaxiola era uno de los intelectuales más brillantes con que contaban las páginas de la prensa constitucionalista en Durango. En una plaza dominada por los constitucionalistas, había, sin embargo, ciertas libertades con las que podían manifestarse periodistas como Juan B. Ríos en un periódico autollamado “independiente”, como era *La Unión Liberal*.

La vida del país se hallaba permeada de una intensidad bélica e ideológica tal que se imponía determinante en el rumbo del trabajo, las penurias y el solaz que hacían el diario ir y venir de los duranguenses. La pregunta es: ¿Cómo vivieron la guerra y cómo sobrellevaron su existencia los duranguenses en 1914? Podemos decir que, con la revolución como paraguas, los duranguenses parecería que hubiesen hallado en la guerra, que en 1914 los envolvía sin ahogarlos, una puerta para alterar, y hasta para alegrar, la vida diaria. La guerra daba un sentido de pertenencia a un grupo, a un ideario, a una causa. A los hombres y mujeres de convicciones frágiles les daba –en todo caso– qué hacer y oportunidad de ser actores en cualquier cosa que desalentara sus rutinas.

La guerra daba a la gente de qué ocuparse y pretextos para divertirse. En enero del año 14, el Hospital Civil se había vuelto insuficiente para atender a los heridos que llegaban por montones, además de las víctimas de la viruela, que empezaba a hacer sus estragos. El gobernador provisional Pastor Rouaix resolvió, entonces, la creación de un nuevo hospital de sangre, que se establecería en el edificio que ocupaba la Conferencia de San Vicente de Paul (frente al Jardín Morelos y de San Antonio), a donde llevaron las camas del Seminario Conciliar y las del hospital de la Penitenciaría del Estado. Pero las arcas públicas no estaban, precisamente, rebosantes, lo que alentó a un grupo de señoritas a conformar una Junta de Caridad que recabaría fondos para el hospital. La Junta, de inmediato, programó algunas representa-

ciones teatrales ofrecidas por los empresarios del Teatro Lírico, algunas corridas de toros y un baile. La Sociedad de Estudiantes del Instituto Juárez ofreció presentar una obra de teatro, que estaría bajo la dirección del “entendido y viejo actor” Miguel Inclán.

Quizá para olvidar los temores y zozobras que, sin duda, la revolución sembraba en el ánimo de los ciudadanos, los eventos sociales eran recurrentes y concurridos: una “fiesta monstruo” llamaron al festival en beneficio de los hospitales de la ciudad, una vez que logró abarrotar el Teatro Victoria, dentro y fuera de la instalación. Los éxitos de las actividades programadas por las caritativas jóvenes dieron pie a los estudiantes del Juárez a organizar, en seguida, algunas cuadrillas en reconocimiento a las señoritas promotoras de las actividades pro hospital. Por pretextos celebrativos no paraba la juventud.

Conmemorar el aniversario de la muerte de Madero, el 22 de febrero, fue otra buena excusa para que los duranguenses se salieran de sus casas todo el día. La manifestación fúnebre empezó por la mañana; la concentración “fue imponente”, dijo la prensa, mientras que en la velada nocturna del Teatro Victoria, con “llego total”, privó el “delirio” y la emoción de los duranguenses –se escribió.

El 13 de enero la prensa informaba de la caída de la plaza de Ojinaga, en la que cinco generales hubieron de entregar su espada al “invencible Villa”. La información llegó a Durango el domingo por la tarde, justo a la hora en que se realizaba el paseo dominical acostumbrado en la estación del ferrocarril. La noticia se difundió y la gente vitoreó la tarde entera a las fuerzas revolucionarias. Una y otra vez se tocó la marcha *Viva Madero* ante una multitud “delirante”, según la prensa local.

La presencia de torreónenses radicados temporalmente en Durango vino también a agilizar el ritmo de los días de un sector de la población, al que el exilio de los vecinos le permitió entreteñerse, pero también, seguro, mostrar abiertamente su apoyo a la revolución, así los revolucionarios reales como los de a mentiras. Torreón, en poder de los federales, había provocado la salida de familias enteras de constitucionalistas que vivían en medio de una tensa situación. Algunas de esas familias, consideradas menesterosas, recibieron el apoyo de un puñado de contribuyentes voluntarios, empresarios los más, que cooperaron para su soste-

nimiento. Entre los benefactores destacó el grupo de los libaneses que, en alrededor de una década de trabajo, en el que empezaron como ambulantes vendiendo cintas y dedales, habían logrado colocarse entre la flor y nata del empresariado duranguense. Latuf, Jacobo, Matuk, Javit, Sahoya y Siadi, eran los apellidos de los mal llamados “árabes” que se sumaban a la causa de la revolución. “Estos árabes –decía Villa– entre más los matamos más retoñan.” Pero así como llegaron pobres también llegaron torreonenses acomodados que, lejos de vivir de apoyos, se mantuvieron desahogados al abrigo de las buenas familias locales, con las que organizaban divertidos *picnics* en espacios como la hacienda de La Ferrería de Flores, a la par de otras actividades que hacían pasables los temores e inquietudes que el momento generaba.

Otras colectas se llevaron a cabo para enfrentar los estragos de la guerra y para dar qué hacer a los duranguenses. Iniciando el año, unas seis decenas de contribuyentes auxiliaban a los heridos del hospital Francisco I. Madero con aportaciones personales. En esa colecta participaron especialmente señoras y señoritas de “buenas” y “regulares” familias, que hallaron en actividades como ésta su manera de participar activamente en la lucha armada. La mayoría cooperaba con módicas sumas de dinero y otras lo hacían con platos, tazas, cucharas, ollas, sillas, mesas y otros enseres; entre las altruistas mujeres que cooperaron para tal fin se hallaban: Juana Villalobos, una reconocida educadora; las señoras Luz E. de Patoni y Enriqueta Zubizar de Saravia, mujeres ambas de familias revolucionarias, y, entre otras muchas, tres anónimas “señoritas maderistas” que aportaban con ello su granito de arena para la causa.

Bajo el gobierno provisional de Pastor Rouaix, que duró de julio de 1913 a agosto de 1914, la ciudad de Durango fue una plaza en relativa paz, luego de haber desterrado a la muy mentada Defensa Social, agrupación armada de civiles, algunos de ellos honorabilísimos integrantes de la élite y contrarios a la revolución. La Defensa Social fue integrada en el gobierno de Perea como un cuerpo que “no se mezclaría en política”, que “serviría únicamente para cuidar la ciudad”, “una especie de policía”, de autodefensas quizá. En un momento de franca anarquía, propiciado por la permisividad del gobernador Perea, los integrantes de la Defensa Social se arrogaron derechos como catear casas, ha-

cer aprehensiones y pedir y ejecutar fusilamientos (decía Silvestre Dorador). Se hicieron del poder, en los hechos, ganándose una especial animadversión de los contrarios. Junio de 1913, con la toma de Durango por fuerzas constitucionalistas, trajo un ajuste de cuentas con los Defensas, algunos de cuyos miembros salieron huyendo de Durango perseguidos por los revolucionarios.

En el mes de febrero de 1914, los duranguenses tuvieron mucho de qué hablar al ser encontradas seis fosas, entre Las Palmas, predio ubicado al oriente de la ciudad, y la San Martina, rumbo por donde habían huido los de la Defensa. Una veintena de cuerpos fueron exhumados y por los dientes blancos y sin picaduras, pero, sobre todo, por la ropa que usaban algunos de ellos –a saber, piezas finas como: una camisa listada, fina, con bolsa, marca “Giant”; una corbata blanca con dos listas azules en medio; un vestido de cazador amarillo de kaki, de manufactura americana, con marca de fábrica “American Mark”– fueron algunos de los datos que hicieron pensar en la posibilidad de que aquellos cuerpos fuesen de algunos de los integrantes de la Defensa Social, perseguidos por los constitucionalistas ocho meses atrás. Hay que decir que con la agrupación peleaban también hombres de guaraches y de calzón de manta, prendas que también se hallaron entre los restos de las fosas. Noticias como éstas mantenían la atención y nutrían los sentimientos patrióticos, de revancha, de preocupación y temor, como también, sin duda, daban elementos para el chismorreo y morbo de los duranguenses.

Mezcladas cotidianamente la agitación y el sosiego, las necesidades y hechos de la guerra seguían orientando el hacer y el sentir de los ciudadanos. En la vida cotidiana, la convulsión de la lucha revolucionaria se desplegaba como un gran paraguas que imprimía un color particular a los aconteceres ordinarios o usuales. La algidez, las glorias y descalabros de la lucha dotaban a los duranguenses de una perspectiva de vida distinta, en la que se entreveraban los efímeros pero candentes hechos de armas y la monotonía en que solían transcurrir los días en la ciudad.

La plaza se hallaba bajo control, y con la estabilidad relativa que daba la espera ante el impredecible curso de la lucha armada, los pobladores esperaban las noticias incorporando esta ocupación a su vida, como una más de sus rutinas. Así recibieron una y otra vez, a lo largo de los meses, los rumores sobre el arribo del

general Marcelo Caraveo, a quien Huerta había nombrado gobernador de Durango. Y una y otra vez, también, recibieron informes sobre la pronta recuperación de Durango por la Defensa Social. Y mientras eran peras o manzanas mujeres trabajadoras e independientes, como Efigenia Castellón, de algo tenían que vivir, y en medio de las matanzas y de las noticias que de ellas llegaban, Efigenia daba clases de piano en su casa y a domicilio. Y mientras los orozquistas eran “destrozados”, según la prensa antihuertista, la viuda de Prendes, Inés Camberos, también en su casa, enseñaba confección y corte de ropa “según el sistema decimal”. Manuela Simental, para vivir, enseñaba inglés, mecanografía y taquigrafía.

Es decir, no todos eran generales, soldados o políticos; la gente común, ordinaria, ocupaba su vida en múltiples actividades. Y aunque esa vida era permeada por la guerra, hombres y mujeres le hacían la lucha a sobrevivir y trabajaban. La Harinera de Durango pagaba empleados para laborar en sus molinos; en algún momento esta empresa fue multada por especular, vendiendo la harina a un precio con bonos y a otro con dinero contante y sonante: cosas del río revuelto. Por su cuenta y sin jornal trabajaban panaderos, sastres, fotógrafos, restauranteros y músicos; y más allá de los oficios, las profesiones: los mentores que, aparentemente, era de entre los que se nutría de intelectuales la revolución, tenían trabajo en el Instituto de Niñas, en el Colegio Rebsamen y en la prestigiada Academia Mercantil Pedro Chávez para los más “acomodadillos”. En el Instituto Juárez eran los abogados los que se encargaban de educar. Inserto en la política, en la prensa y en las aulas, el profesorado era un gremio determinante en el impulso al ideario de la revolución. Las condiciones del momento, aunadas a méritos propios, colocaron en lugares centrales de la política a mujeres como las profesoras Guadalupe Revilla, Francisca Escárzaga y Margarita Estevané que, al lado del también profesor Isaac Ochoterena, a petición del gobernador Pastor Rouaix, elaboraron el proyecto de ley para abrir una Escuela Normal, que sustituyera al Instituto de Niñas. La Normal no abrió sus puertas hasta 1916, y la primera directora fue la ameritada Francisca Escárzaga. Para junio de 1914, en un aviso de ocasión, se solicitaban profesores y profesoras, pues se estaban reorganizando las escuelas oficiales foráneas del estado. Había trabajo para los mentores e interés por la educación.

Entre los ocupados había también ingenieros civiles que medían terrenos; abogados, notarios, taquígrafos y estenografistas para “toma de discursos, argumentaciones y diálogos”. Los nombres extranjeros apañaban el ramo de la salud: dentistas como Arturo Cooley y el señor Apablaza, quien dio fe del estado de la dentadura de los cuerpos exhumados en las fosas halladas en febrero. Los doctores Federico Reiss, alemán, y A. L. M’Murtry. Isauro Venzor, venido de la “facultad de México” y uno de los más reconocidos por sus descubrimientos del suero antialacránico, en los años de 1925 y 1926, cuando las refriegas habían dejado ya un espacio de paz para pensar. Había otros como Luis Alonso y Patiño y Fernando Gómez Palacio que, al lado del germano Reiss, acordaron con el gobernador la política del estado para combatir la propagación de la viruela.

Los tiempos y la intensidad de la guerra se insertaban en la parsimonia y conservadurismo de Durango rejerarquizando intereses y tareas, pero también alentando filias y fobias. Y así, empujando febrero, la revolución expulsó de Durango a los jesuitas, a raíz de los acontecimientos ocurridos en varios lugares de la república, el 11 de enero. Ese día, con motivo de la consagración de México al Corazón de Jesús, los “hijos de Loyola” aprovecharon las concentraciones para lanzar vivas al gobierno de Huerta y mueras a la revolución. El 3 de febrero, Pastor Rouaix libró orden de salida a los jesuitas en el término de 24 horas por la vía de Cañitas, enrumbándolos a Zacatecas. Ese día transcurrió sin novedad, pero en la noche, dolidas y envalentonadas, una treintena de señoras llegó hasta la casa del gobernador, buscando obtener la revocación de la orden de expulsión. Llegaron con lágrimas y súplicas ante las que el gobernador no se quebró. Con cajas destempladas, se siguieron a la casa del jefe de armas, general Domingo Arrieta, que igual se mantuvo, y, ante la postura inflexible de las autoridades, las beatas no tuvieron más que retirarse, eso sí, profiriendo airadas amenazas. “¡Primero muertas que dejar salir a los padrecitos!” Algunos connotados de la ciudad también se acercaron pidiendo prórroga de una semana, pero Rouaix y Arrieta mantuvieron el plazo de 24 horas. El día 4 por la mañana, los sacerdotes subieron al tren escoltados por soldados al mando de Ignacio Parra. Con aspecto beatífico, llorosa y resignada, acudió la misma treintena de señoras a despedir a los sacerdotes

que partían en el tren de Cañitas. El arzobispo Francisco de Mendoza y Herrera, ausente en ese momento del estado, también fue expulsado. “El Arzobispo no pisará más Durango” decía la prensa revolucionaria. En medio del conflicto, el cura de San Dimas, desoyendo las disposiciones oficiales, salió con el viático por las calles, acompañado de mucha gente, con velas encendidas, campanitas y toda la parafernalia. En franca actitud de rebeldía, el cura aseguraba al jefe político tener de su parte a todo el pueblo, conminándolo a no molestarlo en lo más mínimo, pues, de lo contrario, azuzaría al pueblo en su contra. Era la guerra y cada quien tenía sus armas.

La vida, pues, tenía muchos renglones en todos los cuales se iban escribiendo historias: jornaleros, soldados, costureras, curas, generales, comerciantes, profesoras, músicos, y todos, haciendo cada quien lo suyo, a la sombra de la revolución.

Corría febrero y Villa se preparaba para tomar Torreón. Ya para entonces su imagen era edificada con la información que los trenes y el telégrafo llevaban y traían. Con innúmeras notas similares sobre el Villa humano, se iba dejando materia para la posterior creación de la leyenda blanca de Francisco Villa. Próxima la primavera de 1914, la Agencia Informativa de la revolución en Ciudad Juárez afirmaba que el general Francisco Villa –por su cuenta– acababa de enviar a educarse a los Estados Unidos a cuatro niños a los que la lucha armada había dejado huérfanos, con la muerte de sus padres. El señor Carlos Jáuregui los acompañaría a San Louis Missouri.

En febrero también se anunció la pronta circulación de los pesos acuñados en la fábrica que los generales Calixto Contreras y Severino Ceniceros tenían establecida en Cuencamé; por su cuño y por la ley de plata de los pesos, “no tendrán dificultad para su circulación”, afirmaba la prensa.

Los gobiernos revolucionarios, aunque provisionales y en condiciones difíciles, como el de Rouaix, tenían que administrar la tempestad y, para ello, tenían que dictar leyes. Éstas, naturalmente, llevarían toda dedicatoria revolucionaria y en su mayoría fueron sobre los bienes de los llamados “enemigos de la revolución”. Así fue como en Durango, al igual que en Chihuahua con Villa en el gobierno, el estado asumió el control de algunas fábricas que funcionaban en manos de la oligarquía o de extranjeros. El gobier-

no de Pastor Rouaix empezó la fabricación de ropa, por su cuenta, en los talleres de La Corona, a fin de proveer a la gente de la brigada del general Domingo Arrieta, así como a las fuerzas de Calixto Contreras.

A mediados de marzo, se informó que el gobierno del estado dispondría de las propiedades agrícolas e industriales cuyos dueños se hallasen fuera del mismo y no contaran en él con representantes para su explotación; se decía que éstas serían trabajadas con intervención del gobierno bajo el argumento siguiente: “la Revolución no pasará por alto este abandono de la propiedad y en provecho de ella misma la explotará”. Casi inmediatamente se anunció que, a pesar de la producción de manta obtenida en la fábrica de hilados del Tunal, que funcionaba por cuenta del gobierno, las necesidades de la población y de las fuerzas constitucionalistas no podían ser satisfechas, por lo que se pondría a funcionar la fábrica de La Concha, ubicada en Peñón Blanco. También se anunció la posibilidad de echar a andar, por cuenta del gobierno, la fábrica del Tambor establecida en Santiago Papasquiaro. Se confiaba, en ese momento, en que con El Tunal, La Concha y El Tambor se abasteciese de manta a todo el estado. En marzo, el gobierno ya no podía vender la manta, ya que la producción obtenida, rebasó su capacidad de atención a los compradores. Concesionó, entonces, la venta a algunos comerciantes. El precio oficial era de 8 pesos 50 centavos por pieza y 35 centavos por metro. El sueldo de un soldado era de 1 peso 50 centavos al día. Un hachero del ferrocarril ganaba de 1.50 a 2 pesos diarios. Próximo y seguro de tomar Torreón, a fines de marzo, Villa pedía uniformes para que “a su entrada a Torreón” sus soldados fuesen todos uniformados. Ciertamente, la necesidad de ropa no se circunscribía a las tropas sino que se ampliaba a la población en general y a los prisioneros.

Y para el campo, en marzo, Pastor Rouaix lanzaba su Ley Agraria como el primer paso en firme; se hablaba “de una política radicalmente revolucionaria...” En abril y mayo, algunas haciendas de conocidos “enemigos de la revolución” fueron ocupadas por el gobierno. Una de ellas fue la de Tapias, propiedad de Juan Gurrola, “de triste memoria por su activo papel en las persecuciones que hizo la Defensa Social, de la que era uno de sus principales corifeos”. Entre otras grandes propiedades, la Ley Agraria

buscaba fragmentar los latifundios de Santa Catalina del Álamo y la hacienda de Ramos; Rouaix conocía al dedillo aquellas grandes extensiones pues, como ingeniero que era, había realizado trabajos que le permitieron hacer la primera carta geográfica del estado de Durango. Para la aplicación de la ley, en junio se estableció la Dirección General de Agricultura.

Por disposición del gobierno también, los bancos habían sido ocupados bajo inventario en el mes de febrero, esto por no haber cumplido con los plazos para abrir oficinas y reanudar operaciones. En abril, en la casa que ocupaba la sucursal del Banco Nacional, se encontraron 75 barras de plata, pertenecientes a la Compañía Minera de Basis; depositadas en la sucursal del Banco, el gerente –para su protección– mandó enterrarlas. Al ser encontradas, la Jefatura de Armas las recogió, y fueron destinadas a vestir, equipar y armar a la brigada Guadalupe Victoria.

En abril se instalaron las oficinas federales de Hacienda, Telégrafos y la Administración del Timbre en la casa de Francisco Gómez Palacio, abandonada por su propietario: “uno de los más caracterizados enemigos de la revolución”. Para julio, se estaba ampliando el Instituto de Niñas, sobre la casa de Julio Bracho, ocupada por el gobierno.

En La Laguna, donde el algodón había sido confiscado, la producción se ofreció en venta a comerciantes algodoneros de Houston en dos millones de pesos.

El 31 de julio se declaraba que el clero duranguense no podría tener bienes raíces. Arzobispo, obispos, canónigos, presbíteros, cofrades y archicofrades quedaban impedidos de tener bienes raíces a nombre de la Iglesia. Entre los archicofrades estaban algunos conocidos personajes del poder y los negocios, como Juan Santa Marina, Antonio Gurza, Miguel Verduzco, Carlos Bracho, Julio Bracho y Ángel del Palacio. Un mes más tarde se tomó posesión de los bienes del clero y de la Compañía de Enseñanza Industrial y Científica. El Colegio Guadalupano fue desalojado. El Seminario fue destinado a cuartel de las fuerzas del general Mariano Arrieta. Al salir del Seminario, los sacerdotes sacaron aparatos y libros, que luego se recuperaron y fueron a parar a la biblioteca y laboratorios del Instituto Juárez. Otro de los acervos incautados fue la biblioteca del Casino, “tan mermada –se dijo– cuando estuvo a cargo del licenciado Antonio Gómez Palacio”.

Ésta se puso a disposición del gobierno, el que la cedió a la Biblioteca Pública.

Y mientras se buscaba activar la economía para atender las necesidades impuestas por un estado de guerra, y mientras se ajustaban cuentas con “los enemigos de la revolución”, una comisión de duranguenses residentes en la ciudad de México, y virtuales representantes de 500 paisanos, buscaba al general Marcelo Caraveo, cabecilla orozquista nombrado por Huerta gobernador de Durango, para ofrecerle sus servicios a fin de desalojar a las “chusmas rebeldes” que asolaban Durango “con sus crímenes y depredaciones” –decían.

Con decretos no propiamente expropiatorios, la ciudad también fue revestida de revolución. En marzo, el gobernador lanzó la iniciativa para cambiar el nombre de la Calle Mayor, por el de calle del 20 de Noviembre, en memoria del inicio de la gesta de 1910. La intención era –decía el gobernador– ir borrando de las calles los nombres anticuados que sólo revelan el espíritu conservador de la población.

De abril a julio se fortaleció la revolución, con las tomas de Torreón y Zacatecas, principalmente. Tomado Torreón por los revolucionarios, y tras cuatro meses de exilio, los torreonenses asilados en Durango se despidieron un día de abril, con cartas de agradecimiento a los pobladores y sus gobernantes: los ricos y los pobres, el presidente municipal y los profesores de instrucción primaria (éstos eran nueve, siete de los cuales eran mujeres) publicaron su agradecimiento.

De abril a junio el gobierno fue ocupando, con mayor enjundia, propiedades urbanas y rurales, de opositores al constitucionalismo. Al mismo tiempo, se revelaron síntomas de una cierta distensión entre la población. La oferta de servicios empezó a crecer y a diversificarse, aligerado el ambiente de la tensión bélica. A la par de las costureras y pianistas, la peinadora Luz Murga empezó a ofrecer postizos a domicilio o en su casa en la calle del Rebote. María Martínez anunciaba sus lecciones de canto. La modista, viuda de Aranzubia, ofrecía trajes de novia, trenzas y peinados al estilo parisense (y compra de pelo). Los comerciantes, quizá con menos apremio por incautaciones y saqueos hechos en nombre de la revolución, empezaron a anunciar más negocios y mercaderías. Se reabrieron cantinas y billares. El rastro municipal

compraba ganado mayor y menor. Se ofrecían en venta marranos para cría, americanos ingleses y alemanes. Algunos negocios se anunciaban con tonos que evocaban el comercio porfiriano, reflejando la relativa confianza en que sus negociaciones no serían desvalijadas. *El Jockey Club, La Sastrería del Mundo Elegante* era uno de ellos; otro era *La Renovadora de Trajes*, cuya publicidad hacía ver que las condiciones estaban ya para usar “trajes limpios y correctamente planchados”. Calzado americano y trajes a la última moda anglo-franco-americanos. Choclos y zapatos especiales para el campo; aceites y vinagres franceses, la cerveza Cuahutémoc, dulces finos y corrientes, chicles de menta. La virtual victoria de la revolución fue aprovechada por algún comerciante para anunciar: “Antes de ir a la victoria, pase a comprar sombreros charros, constitucionalistas, de varios estilos, colores y formas.” El mercado pues, parecía reanimarse.

Las diversiones seguían muy *ad hoc*. En abril, y para celebrar un año del gobierno provisional, se organizó un banquete en el hotel Richelieu, al que, como invitados de honor, asistieron Calixto Contreras, José Carrillo y Jesús P. Flores, además de los mandamases locales. También estuvo el vicecónsul inglés y el encargado del consulado americano. Todas las fuerzas vivas brindaron con champaña. Como les cayera un aguacero torrencial, pasaron al interior del edificio, donde se tomaron fotografías y seguramente siguieron con los tragos de licor.

Con banquete y música, el 14 de julio la colonia de franceses, con su representante, el agente consular Juan Leautaud, celebró el aniversario de la toma de la Bastilla e, iniciando agosto, el general Domingo Arrieta era festejado por su onomástico con un paseo campestre.

Para la gente sencilla, el Municipio reorganizó los *matinés* en el jardín Patoni, popularmente conocido como Las Moreras. Al poco tiempo de la derrota y exilio del “mariguano Huerta”, como le llamaba la prensa, los empleados ferrocarrileros organizaron un baile. Los empresarios del cinematógrafo recuperaron la confianza y el 12 de agosto anunciaron una función en el Teatro Victoria, con vistas relativas a la Revolución mexicana, que fueron tomadas en la ciudad de Durango, durante la visita de Venustiano Carranza.

Empezaba la guerra en Europa y la revolución en México tomaba un curso diferente. Iniciando agosto, Domingo Arrieta se presentó ante Pastor Rouaix para pedirle la renuncia de los empleados que pertenecían al gobierno del antiguo régimen. Rouaix se disgustó y presentó su renuncia de inmediato. Septiembre 2 fue el último día en que apareció el periódico *El Demócrata*.

revistahistoria.ujed.mx